

Acerca del juego y su pretensión civilizatoria: Un más allá del fútbol como producción cultural

Mesa 10: El juego como saber de la educación física

Londoño Mejía, Jose Fernando, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia,
jfernando.londono@udea.edu.co

Resumen Ponencia

El juego, como práctica inherente a la especie, ha cumplido con funciones que trascienden la racionalidad misma, y casi que se instala como condición filogenética en la relación de las especies respecto del estatus, los roles, el cortejo y la producción.

El historiador holandés Johan Huizinga escribió en 1938 *Homo Ludens* (Hombre que Juega), para designar esa cualidad y capacidad de la especie para realizar actividades en las cuales, no sólo realice una descarga pulsional y de tensiones, sino que se expresen habilidades, roles y competencias físicas e intelectuales en el marco de ordenamientos. “El juego sin duda es más viejo que la cultura misma, ya que los animales juegan desde antes que ésta existiera. Ellos poseen sus propias reglas y, a pesar de ello, parecen disfrutar mucho su actividad. Algunos, incluso, organizan verdaderas exhibiciones frente a los espectadores. Por lo tanto, el juego no es determinado por algo exclusivamente fisiológico.

Todo juego tiene un significado, ya que incluso para los animales adquiere una representación que va más allá del instinto inmediato de conservación natural (Huizinga. 1938: 13-14) (...) Según los fisiólogos, y biólogos en general, el juego está relacionado con la utilidad, esto es, con algún beneficio que es externo a la actividad misma, tales como la descarga de energía excedente, relajamiento tras la tensión, preparación para las faenas de la vida o compensación satisfactoria, mediante la creación de una vida ficticia, como medio de tratar de alcanzar aquello que, seguramente, jamás será real” (Huizinga. 1938: 15-16).

Palabras clave: Juego, Civilización, Fútbol, Pulsión, Sublimación.

Del juego de la cultura a la cultura del juego... del juego del fútbol: Compleja esférica, indómita y deseada

Hace Juan Carlos Rodas, profesor de literatura y un enamorado del fútbol, una referencia respecto del juego y la humanización: se propicia con éste –el juego- la primera humanización colectiva de la naturaleza, al decir del investigador argentino Julio Mafud el deporte –entendido en su dimensión más auténtica y por ende lúdica- se liga a los imaginarios colectivos y, por tanto, se inscribe dentro de los procesos de identidad y de cohesión de las sociedades” (Rodas.2017:23).

Acto ordenador, regulador, sublimador, expresivo, emotivo, liberador, catalizador, produce, en todo caso, un éxtasis sensorial y una liberación de carga en la existencia. Huizinga también mencionó tres características, según lo menciona Gonzalo Medina en su reportaje *Una Gambeta a la Muerte (1994)*, acerca del juego como actividad libre, como adorno y complemento de la vida y “una tercera característica del juego (que) alude a la noción de tener un orden propio, osea que el juego crea orden, es orden. Huizinga sostiene que lleva al mundo imperfecto y a la vida confusa a una perfección provisional y limitada –como los 90 minutos del fútbol-. El juego exige un orden absoluto. La desviación más pequeña estropea todo el juego, le hace perder su carácter y lo anula. Al relacionar el juego con el orden, aparece entonces la noción de la estética (...) las palabras con que se acostumbra caracterizar al juego, son propias de lo estético: tensión, equilibrio, oscilación, contraste, variación, traba y liberación, desenlace” (Medina.1994:23)

Esto da apertura al mundo de las representaciones simbólicas que dan cuenta de los diferentes horizontes y de las maneras como cada individuo y sociedad se relaciona con cada ordenamiento surgido del juego. “Con el juego se pretendía conocer la voluntad de los dioses y la muerte era el premio, con el tiempo se volvió profano, pero no por ello desapareció su significación religiosa”. (Salinas.2017:14).

En la contemporaneidad estas construcciones son alimentadas por los medios masivos de comunicación, los cuales producen y reproducen imágenes, discursos, que promueven y a su vez perpetúan prácticas de distinta índole. Aquí nos ocuparán esos discursos y prácticas que veremos, como representaciones de ‘ser hombre’ en y a través del fútbol, como una manera, no sólo de jugar, sino de establecerse, no sólo en el orden del fútbol, sino también en el orden social. De allí que derive todo tipo de sentimientos de

segregación o de fraternidad que configuran identidades de las cuales devienen sentimientos colectivos y vivir, tanto triunfos como derrotas, como propios, y de todos.

Según la investigadora y socioantropóloga Beatriz Vélez, el sentido del goce en el fútbol revela una densa articulación de elementos de muy variada naturaleza: un complejo sistema de técnicas corporales aplicado por un sistema simbólico (también complejo) y un conjunto relativamente simple de normas de juego que demanda, por tanto, una desmesurada inventiva corporal, cuya resultante es un intenso campo de tensión agonística (...) Se trata de recordar que, como juego, actualiza la compleja condición humana que nos determina como hijos e hijas de la tierra y de la sangre, frágiles y excesivos al mismo tiempo englobada en la misma hermandad. (Vélez. 2011:115)

Para Gadamer “jugar es un ser jugado, por lo que importa más el juego que el sujeto que lo lleva a cabo... los jugadores deben extraviarse en el juego, en vez de jugarlo en el interior de su cabeza. (Citado por Critchley. 2018:46) (...) El propósito del juego es el juego en sí mismo (o como diría el técnico alemán Klopp “momento entre momentos (p123) (...) – y agrega Critchley- si comenzamos a separar el fútbol de nuestra obsesión por la mente, la conciencia y lo que supuestamente ocurre en el interior de nuestras cabezas, entonces lograremos apreciar la peculiaridad del fenómeno futbolístico (...) quizás el fútbol requiera de algún tipo de mentalidad de colmena, fusión mental o prolongación de la mente que preste brillo a la superficie de los elementos del juego, es por ello que necesitamos desubjetivar el fútbol. (Critchley. 2018:48)

“El fútbol es un ejemplo profundo de racionalidad discursiva, de hecho, es posible que el fútbol sea la única área de la actividad humana en la que se cumple la declaración de Jürgen Habermas, filósofo y teórico social alemán, acerca de la naturaleza consensuada de la acción comunicativa y la fuerza del mejor argumento”. (Critchley.2018:96). Por ejemplo, hay un carácter racional en las argumentaciones de hinchas de un mismo equipo en cuanto a jugadores, tácticas, estadísticas, estrategias, etc) en relación con historia, fracasos y logros. Y es en la experiencia de conversar con hinchas de otros equipos donde se ven las proporciones en un mismo escenario: La razón y la fe –ésta última, siempre cargada de irracionalidad-. Un encuentro de argumentos en el marco del respeto que es susceptible incluso de provocar cambio de opiniones, cosa difícil en la política o la filosofía.

También reseña Crichtley que para Toussaint, la experiencia futbolística puede ser evocada de manera casi mágica a través de las palabras y en un formato lírico, que para él, se halla íntimamente ligado a la rutina de las estaciones, el entorno, la melancolía, el paso del tiempo y los recuerdos de juventud. En su apartado más extremo, la idea de Toussaint es que las palabras que definen y preservan la relevancia de la experiencia futbolística pueden salvarnos de la muerte, en cuanto nos prestan un sentido de continuidad respecto del pasado y la posibilidad de una pervivencia póstuma en las palabras y las vidas de los hinchas del futuro. (Crichtley. 2018:39)

Gadamer en *Verdad y Método*, nos muestra una manera de describir las afirmaciones, ideas y juicios propios de las artes y las humanidades, que no pueden verse simplificados o explicados a través de los métodos de las ciencias naturales. En cambio, esas afirmaciones necesitan de una teoría interpretativa que ampare, según Gadamer, una antología completa de las maneras en que los seres humanos participan del mundo. Esto es, lo que llaman ‘hermenéutica’, y la idea que impulsa su parecer es que los tipos de interpretación que practicamos durante nuestra experiencia estética cotidiana revelan las estructuras profundas y perdurables de estar en el mundo. (Citado por Crichtley, Simon. 2018:43)

Focault, por su parte, conecta el deporte a la noción de *biopoder*, que se centra en la disciplina, el rigor, principios ejecutados sobre el cuerpo. Foucault define el biopoder como “un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que busca controlarla y potenciarla, que busca multiplicarla ejerciendo controles precisos y regulaciones de conjunto”. (Foucault.1976).

De hecho en referencia de Wahl a los orígenes del fútbol, dice que el deporte fue entendido como posibilidad para lograr la paz mundial. En 1921 -después de la primera guerra- el barón Pierre de Coubertin sugirió que sería necesario fundar un club de fútbol en cada pueblo para asegurar la paz social. (Wahl, 1997:86). Esto trajo consigo infraestructura y modernización de escenarios con afán civilizatorio como prevención de guerras y violencia, y para la promoción de hábitos saludables en oposición al incremento del consumo de alcohol. Agrega Wahl que el fútbol debía de ser el vector de una acción moral y una forja del carácter del espíritu de solidaridad, de voluntad y de la valentía. Incluso,

se esperaba que los estudiantes se contagiasen de todas esas virtudes por el simple hecho de ser observadores sobre el terreno de juego. (Wahl, 1997:146)

Los deportes no se constituyen en una práctica más, devienen generizados y desempeñan un papel fundamental en la incorporación de hábitos sexuados y oposiciones entre lo masculino y lo femenino (Bourdieu.1998), situando el lugar social, las formas corporales en virtud de la asertividad, seguridad, orden y autonomía.

Esa expresión generizada en el deporte Alaberces nos sitúa respecto de las características con las cuales la actividad física educativa, recreativa y deportiva se convierte (...) en un dispositivo a través del cual se enseñan y modelan las naturales y complementarias identidades masculina y femenina, y sus correspondientes modelos corporales: el varón es (ha de ser) fuerte, vigoroso, activo, etcétera, y su sexualidad no es sino una extensión y afirmación de dichas cualidades. La mujer es (ha de ser) armonía, gracia, virtud, etcétera, tiene que ocultar su sexualidad ya que la iniciativa y el deseo merma su atractivo. Ni qué decir, ni tiene qué, en este marco, la homosexualidad se niega, se rechaza, se desprecia, es antinatural, es una enfermedad, es un pecado (...) No hay lugar para las mujeres, de un lado están los hombres y de otro los ‘no hombres’, que no son las mujeres sino los homosexuales, los putos (...) Los hombres son, en resumen, los que tienen huevos, porque al ordenarse en torno a metáforas sexuales todo se vuelve genital, hasta el coraje. (Alaberces.2014:158). Primero significó distinción, luego ocupación del tiempo libre y luego afianzaría relaciones entre países hermanos; luego fue negocio e industria.

Estas perspectivas le dan un carácter inagotado, inacabado y cierta condición de ‘inaprehensible’ al hecho del juego y a esa magia del fútbol, como expresión humana, expresión social y expresión de vida con sus inconsistencias y contrastes. Si el fútbol, citando Critchley a Norbert Elías-, ofrece una microsociología de carácter más amplio, nosotros no deberíamos hacer oídos sordos a la naturaleza perversa de dichas formaciones macrosociales de carácter más amplio – de hecho él rechaza tal separación entre lo micro y lo macro- (...) El deporte es la sublimación de la guerra y el fútbol es la continuación pacífica, y regida por leyes, de unos conflictos que habrían encontrado su expresión en la violencia de tiempos anteriores y menos civilizados (...) El fútbol no consiste en una pacificación de la violencia, sino que es una cierta organización social de esa violencia, una cierta codificación colonial de unos métodos de violencia social que constantemente

amenazan desbordarse en forma de violencia real. El fútbol nos permite ver la historia de la violencia de la que hemos emergido, pero no nos ofrece nada parecido a la paz. (Critchley.2018:147-148).

Norbert Elías en *Deporte y Ocio en el Proceso de Civilización* nos advierte del surgimiento del deporte como lucha física relativamente no violenta en concordancia con desarrollos dentro de las sociedades como un hecho “extraño”, al cual yo llamaría paradójico, dado que se apaciguaron ciclos de violencia y finalizaron luchas de interés religioso y las pugnas por el poder se resolvieron mediante mecanismos no violentos y conforme con las reglas concertadas; no obstante la inevitable aparición de emociones placenteras y dolorosas y comportamientos racionales e irracionales.

Esto nos pone en relación, no sólo con aspectos de nuestra naturaleza humana, como la tendencia, el empuje pulsional agresivo que deviene de la imagen especular que a su vez nos configura, lo cual hace inevitable expurgar de la especie ese empuje agresivo – diferente de la agresión como paso al acto-, y en donde el juego, en efecto, encuentra una función, al margen de las formas mismas del juego, connatural a su misión ‘no connotada’ a partir de los significados. Es así como la visión de Elías, para quien el deporte no es solo un pasatiempo físico secundario al orden económico y político, sino conectado al nuevo orden civilizatorio moderno, resulta esta perspectiva, paradójica, al otorgarle esa función ‘pacificadora’, cuando en las formas que ha tomado la cultura se ha constituido en un factor desencadenante en virtud de fanatismos y fenómenos irracionales de masas.

Como contribución del deporte al grado de civilización de una sociedad, Norbert Elías y Eric Dunning nos recuerdan que el grado de civilización de una sociedad es proporcional al nivel de autocontrol de los sujetos, -autonomía en Piaget, autorregulación en Vigotsky y superyó en Freud-. En palabras de Adela Cortina respecto de los conceptos de autodesarrollo y autonomía como principios característicos de la moralidad, y la práctica del fútbol como transmisora y reproductora de esos valores-; “en el primero – autodesarrollo- se afianzan las capacidades y potencialidades del sujeto, que a su vez se asocian con los conceptos de reconocimiento, autoestima y valoración (...) –y- en relación con el principio de autonomía, (...) éste se entiende como la capacidad de un sujeto moral de darse para sí las reglas que han de orientar sus relaciones de convivencia.

Se trata de contribuir, sobre todo pensando en niños, adolescentes y jóvenes, a la formación moral por medio de la práctica deportiva” (Medina citando a Cortina. 2007:94)

Amplía Critchley que con el fútbol se despliega una dimensión especial de la experiencia temporal (...) nos encerramos por completo en un presente marcado por el suspenso (...) en cada instante de ese presente el futuro está abierto y es incierto (...) Nos encontramos en una de las fiestas de la vida, como lo denomina James, algo parecido a un hechizo que nos arranca de lo cotidiano y nos traslada a un estado de euforia fugaz y compartido, un sensorio sutilmente transfigurado. Eso es o lo que yo llamo éxtasis sensorial. (Critchley.2018:34-35)

Esto nos lo amplía en su capítulo *Fútbol y Bruje(ría)* de su libro *Fútbol: Esa Metáfora*, el profesor de literatura Juan Carlos Rodas, con algo de poesía, de locura, de realidad y brujería. Opio, veneno, enfermedad, locura, desquiciamiento, esquizofrenia. Estos y otros epítetos más se le han endilgado al arte de lo imprevisto, -como se le llama por muchos autores al fútbol como un ritual conocido del cual espectadores, jugadores, directores técnicos, periodistas, e incluso quienes no lo quieren, esperan la emergencia de lo inédito y extraordinario-. Pero debe haber mucha brujería intergaláctica en ese juego porque no hay en el mundo un fenómeno siquiera parecido. Dinero, fiestas, colorido, tragedias, dolores y alegrías. Ningún arte o deporte se iguala a esta cosa inexplicable que arrastra a los seres humanos hasta ese estadio irracional de la demencia colectiva. (Rodas. 2017:71)

Bien lo decía Eduardo Galeano en *El fútbol a sol y sombra (1995)*, el fútbol es la única religión que no tiene ateos”, diríamos, es la máxima expresión de la fe sobre la razón, la desproporción y la permanente desazón. Es como si, con el fútbol, se encontrara cara a cara nuestro ‘problema económico masoquista’ que mencionaba Freud y esa materialización ingenua, mística, fantástica y mágica de ‘la tierra prometida’ representada en la adquisición del anhelado y esquivo logro, insaciable, como la pulsión, como la vida, como el fútbol. “Un fenómeno como el del fútbol en nuestros días, tal vez hunda sus raíces –a saber, por su popularidad y la dimensión de ‘culto’ que ha producido en rigurosidad como la religiosidad antigua-, en aquella parte maldita del fenómeno humano que estudió Bataille, siguiendo a Marcel Mauss y a Freud.

Como la fiesta primitiva, en la que la tribu quemaba en un día lo que había producido en todo el año, o las sangrientas ceremonias en que se ofrecían a los dioses víctimas

humanas, o las procesiones de antaño, es posible que el fútbol ofrezca al hombre contemporáneo la posibilidad de recuperar momentáneamente, en ese tiempo cíclico que es del mito y el del espectáculo, su pérdida totalidad, dando rienda suelta a esa vocación de irracionalidad que entiende la vida como puro consumo, satisfacción irresponsable del instinto y gasto gratuito de la energía que en la vida cotidiana le está prohibida (pues la sociedad es el reino de la razón, de la producción, del ahorro y de la represión de los deseos)". (Medina.2011:81-82). Cabe entonces el enunciado del psicoanalista alemán Robert Schmelman "el fútbol es una manifestación inconsciente de la libido colectiva" (Citado por Medina 2011)

Acerca del ritual del fútbol, a manera de carnaval, Germán Castro cita de Julio Caro *El Carnaval (2006)* que el tiempo del carnaval se distinguía, en primer término, porque durante él se realizaban una serie de actos que, con frecuencia, tienen aire de juego de ritmo violento. Desde un punto de vista puramente mecánico podríamos decir que uno de sus rasgos esenciales era el de que imponía movimientos desacostumbrados a los que celebraban y también a ciertos animales y objetos. Desde el punto de vista social, lo que imperaba era una violencia establecida, un desenfreno de hechos y de palabras que se ajustaba a formas específicas, así, la inversión del orden normal de las cosas tenían un papel primordial en la fiesta. (Castro citando a Caro, 2018:420)

Son estos vínculos con la lectura que disciplinas que se preguntan por lo humano y por lo social han hecho del fútbol, entre ellos el arte incluso, más allá de sus componentes técnicos, tácticos, estratégicos o procedimentales del juego; que se constituye en un amplísimo universo de reflexión, metaforización y expresión de lo humano mismo con los misterios que desata su inaprehensibilidad en el intento por 'enmarcarlo en estándares' que lo hagan finito, sensible y 'lógico'. De allí radica esa riqueza que nos inspira a leerlo, explorarlo, experimentarlo, jugarlo, vivirlo, tanto con la intensidad que desata las pasiones más intensas, profundas e incontenibles del ser humano, entre ellas las más extremas que se orientan en contra suya.

Estas expresiones, con un fuerte componente corporal, suscita, en palabras de Beatriz Vélez, una regresión progresiva a un estado de incontinencia emocional total, cuya potencia para restablecer imaginariamente nuestra atadura al tallo de lo viviente o caos primordial conlleva a creer que todo está permitido –para el Dios, nota del autor- en el

estadio. Es por eso que el fútbol parece ser tan totalizador como el orgasmo, al portar, como él, el sello de una experiencia que se deja reeditar siempre, pero con el fin de conservar su carácter irrepetible, su rasgo de hecho único e inagotable, como en efecto es el gol (...) El goce encerrado como promesa en el fútbol, que evoca la infancia y el orden simbólico de la madre y de la sangre, se expresa en el estadio como un desbordamiento espontáneo que es confrontado por el árbitro y los jueces de línea, quienes encarnando la autoridad en nombre de la jerarquía y de la norma sostenida en el orden simbólico del padre y de la ley, buscan afanosamente contenerlo. (Vélez.2011:105-16)

Aún sin tratarse de un deporte extremo, agrega Vélez que ello permite, en los bordes de nuestra condición antropológica, producir emociones intensas, asociadas a las de un orgasmo. Ese “fuera de sí” que el fútbol permite experimentar en el cuerpo, conduce a cierta actualización del saber del cuerpo, que estimula a quienes lo practican a “sentir un placer punzante homologable al erotismo y a su par, la muerte (...) Es en la resolución de ese dilema donde se levanta tan complejo sistema simbólico, tal cúmulo de circunstancias de presión, esfuerzo y resistencia, un refinado ensamble de técnicas de juego y paquete de fuerzas emocionales tan potentes en el orden humano. Lo que no queda claro aún es por qué la fascinación y la práctica del juego se ha asociado exclusivamente a la condición masculina. (Vélez.2011:90-91). Estos son los asuntos que convocan el interés investigativo sobre el fútbol y las masculinidades, un terreno amplio por explorar y experimentar, y una consigna que debe despejar caminos para las libertades y formas de expresión.

En virtud de esta y otras reflexiones, confronta Medina en su texto *Sueños a la Redonda o el Fútbol en la Literatura y las Artes* (2011) ¿es realmente el fútbol una creación social ‘positiva, como el trabajo? Tengo la sospecha de que se encuentra mas bien entre los quehaceres de signo ‘negativo’, como el arte, la religión, el erotismo y la literatura. Negativos en el sentido de que, a través de ellos el hombre aplaca aquellas necesidades y aspiraciones que la vida en comunidad ha hecho necesario moderar o reprimir en el individuo, pues dejadas en libertad, satisfechas y fomentadas, constituirían un gravísimo peligro para la sociedad, un seguro agente de la desagregación y caos. (Medina.2011:81)

Bibliografía

- Alabarces, Pablo Alejandro. (2014) *Héroes, machos y patriotas: el fútbol entre la violencia y los medios*. Argentina. Aguilar; 288p
- Bourdieu, Pierre.(1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
Traducido 2000.
- Critchley, Simón. (2018). *En qué pensamos cuando en fútbol*. España. Editorial Génesis.176p.
- Elías, Norbert y Dunning, Eric, (1992). *Deporte y Ocio en el proceso de la civilización*. Madrid. Fondo de Cultura Económica. 341p.
- Foucault, Michel (1976). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Buenos Aires Argentina. Siglo XXI editores.. 152 p.
- Galeano, Eduardo, (1995). *El fútbol a sol y sombra*. Buenos Aires. Siglo XXI editores. 271 p
- López Vélez, Luciano, (2004). *Detrás del Balón Historia del fútbol en Medellín 1910-1952*. Medellín. Carreta Editores. 133p
- Medina Pérez, Gonzalo, (1994). *Una gambeta a la muerte*. Medellín. Editorial Cooperativa Profesores UdeA. 266p
- Medina Pérez, Gonzalo, (2011). *Sueños a la redonda o el fútbol en la literatura y las artes*. Medellín. Ed Nuevo Hombre. 392 p.
- Rodas Montoya, Juan Carlos, (2017). *El fútbol: esa metáfora*. Medellín, Ed UPB. 116p
- Salinas Hernández, Héctor Miguel (2017). *¡EEEEHHH Puto! Violencia homofóbica en el fútbol, espectáculo del siglo XXI*. México, Ed. Voces en Tinta 177p.
- Vélez, Beatriz (2011). *Fútbol desde la tribuna. Pasiones y fantasías*, Sílabas Editores. 180p.
- Wahl, Alfred, (1997). *Historia del fútbol*. Barcelona, Ediciones B.